

Fordismo: modelo a superar

Cesare Giuseppe Galván*

El origen de este texto fue un debate realizado en Salvador de Bahía, Brasil, en septiembre de 1988. En esa ocasión, Elmar Altvater —muy conocido investigador—, hizo una exposición sobre los aspectos cruciales de nuestro presente y sobre las posibilidades que enfrentaremos en el futuro. Estábamos entonces en vísperas de los grandes acontecimientos de 1989, pero, sobre todo hoy que los cambios están en plena marcha y aún no tenemos claro el diseño del nuevo mundo que se perfila, considero de gran utilidad someter a discusión los aspectos que aquí se destacan.

Agradezco a Altvater sus agudas provocaciones y espero que en corto tiempo su texto pueda ser publicado también por *Momento Económico*.

Teoría y realidad (... y moneda)

No nos preocupa arribar a una definición del fordismo, ni particularmente el debate sobre su permanencia o su fin. Interesa, más bien, extraer del mundo que estuvo dominado por ese modelo de desarrollo, algunas de sus características distintivas.

Uno de los problemas que es indispensable tener presente en el análisis es el de la necesaria y simultánea distinción y vinculación entre teoría y realidad. El problema que surge de ahí y las dificultades que provoca, dependen de la manera como la sociedad se *divide*, es decir, de cómo se separan las relaciones *reales* y las monetarias. Este proceso social de monetarización generalizada es

también responsable, entre otras cosas, de la *esterilización* teórica que el neoclasicismo ejerció sobre la moneda: la monetarización total hizo desaparecer a la moneda misma, como si ella no fuera nada más un "velo".

Al confrontarnos con la sociedad moderna, encontramos en la monetarización global una especie de *tema general*. Sin embargo, Altvater llamó nuestra atención sobre la imposibilidad de monetarizar la naturaleza y las relaciones humanas. En ese sentido podemos, por ejemplo, recordar el lema de los sindicatos italianos con respecto a las condiciones de salud de los trabajadores: "la salud no se vende".



* Investigador del Centro Josué de Castro, Recife, Brasil. Actualmente, Profesor Visitante en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía, UNAM.

Directorio

Noviembre-Diciembre de 1990, número 52.

Momento Económico es una revista bimestral de análisis de la coyuntura económica, publicada por el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores. *Momento Económico* publica 6 números al año.

Universidad Nacional Autónoma de México. *Rector*: José Sarukhán. *Coordinador de Humanidades*: Julio Labastida. *Director del Instituto de Investigaciones Económicas*: Benito Rey Romay. *Secretaría Académica*: Víctor M. Bernal Sahagún. *Secretaría Técnica*: José Luis Rangel.

Directora: Ana Esther Ceceña. *Asistente de la Dirección*: Raúl Ornelas.

Comité Editorial: Alma Chapoy, Fabio Barbosa, Carmen del Valle, Jorge Basave y José Luis Rangel.

Equipo Técnico: Marta Ceceña, Sara González y José R. Zaragoza.

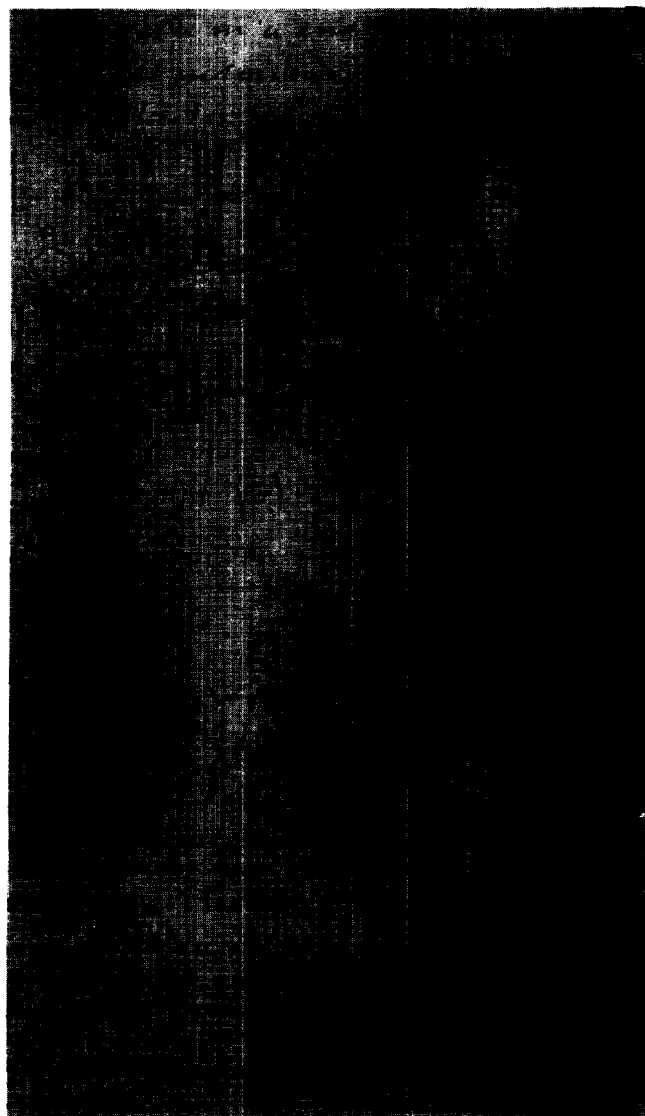
De venta en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM. Torre II de Humanidades. 1er. piso. Apartado Postal 20-721. México 20. D.F. Tel. 550-5215 ext. 2904. *Nacional*: número suelto: 3 000 pesos, 20% de descuento en ejemplares adquiridos en el IIEc. *Suscripción anual*: 18 000 pesos. *Extranjero*: número suelto 3 dólares, suscripción anual 15 dólares. *Tipografía y formación*: Fenian. *Impresión*: Improsa. *Ilustraciones y Portada*: Van Gogh. Las ilustraciones del número anterior fueron tomadas de Myra Landau, *Ritmos* y *20th Century Posters*.

Dejemos las consideraciones sobre la naturaleza para el último punto y veamos algo sobre las relaciones humanas. Su monetarización, por paradójica que sea, forma parte del propio proceso de difusión del capital en el nivel planetario. De esa monetarización deriva incluso el *imperialismo de la teoría económica* —conforme a una feliz expresión de Altvater—, ese imperialismo que acompaña al otro, al real, que corresponde a la dominación mundial de la moneda o, si se quiere, a la monetarización mundial.

Dentro de este proceso se proclama la *racionalidad occidental de la dominación mundial* (según lo recuerda Altvater), iproclamación efectuada en un mundo dominado justamente por la racionalidad occidental! Esta racionalidad no la encontramos solamente en los modelos teóricos: antes de eso ya penetró en los procesos reales, exactamente en el momento en el cual éstos fueron sometidos a la monetarización. Resulta por ello ilustrativo profundizar en la relación entre valores de uso y valores. Sea que se trate de los procesos reales, sea que se debatan los métodos y procedimientos de análisis, siempre se puede decir algo sobre la distinción, hoy día tan frecuente, entre el uso de la *economics* y las decisiones políticas, que permanentemente entran en contraposición con ella. Por un lado, el uso de la *economía* está presente, a pesar de todas las *objeciones políticas* al respecto, para expresar casi la señal de identidad entre el proceso de decisión y la *realidad*, que siempre es invocada como sustento de las decisiones políticas. Las decisiones (auto) justificadas como *políticas*, en contraste con las *económicas*, constituyen, por el contrario, un signo de la separación entre el proceso de decisión y la *fría* realidad que se quiere superar. Así, se genera la apariencia de que la *política* constituye un proceso aparte, si lo comparamos con la economía. ¿Será así? Esta duda —lo sabemos por experiencia— no es solamente teórica: es inherente a la dinámica del proceso social, en el cual todo está condicionado por el proceso de valorización.

Estas imágenes un tanto absurdas -tanto como la irrealidad que vivimos-, podrían ser ampliadas: siempre encontraríamos más y más razones para explicar la unidad contradictoria entre teoría y realidad.

Entre tanto, mencionemos otro aspecto de esta paradoja. Nunca fue tan importante como en la crisis actual, y tan difícil al mismo tiempo, distinguir y volver a recomponer la unidad contradictoria de *problemas* y *soluciones*. Esta dificultad para reconstruir dicha unidad surge del propio proceso, en el cual el laberinto de interrelaciones se (y nos) confunde siempre más; proviene también de las interpretaciones, sobre todo cuando éstas carecen de una



clara explicitación acerca de la naturaleza y el funcionamiento de las relaciones sociales de dominación.

Para ejemplificar podemos pensar en el caso de la difusión del trabajo informal que acompaña el desempleo tecnológico. ¿Será ésta la solución para el desempleo como sostiene, por ejemplo, Hernán de Soto, autor tan apreciado por Reagan? ¿O bien simplemente constituye una alternativa limitada en condiciones específicas? ¿O quizá la contradicción *formal-informal* se convierte solamente en la alternativa de los que *no tienen* alternativa?

¿Rezago o desindustrialización?

Es necesario hacer unas anotaciones sobre los *rezagados* (¡los latinoamericanos, por ejemplo!). Es preciso insertar estas consideraciones en el marco del mercado mundial, en donde el Estado nación es un momento especial dentro de la *pluralidad* de Estados nación. Para entender el contexto global -según Altvater-, hay que recordar en *dónde* estamos ubicados: formamos parte del mercado mundial. Dicho mercado, en esta altura de la historia, ya no puede considerarse más como un mercado principalmente de *mercancías* (valores de uso y valor), sino que está ampliamente dominado por la deuda, que constituye *nuestro lado* en el sistema de crédito. En otras palabras, el mercado mundial está dominado por valores, valores casi *absolutos*, que ya se desprendieron de los valores de uso y dejaron de contener así aquella relación (¡que tendrían "por definición"!) como mercancías-valores de uso: se autonomizaron.

Es a este cuello de botella al que nos condujo el fordismo. Que sea *nuestro*, o que se restrinja a los países centrales, eso es de menor importancia: lo esencial es que constituye el modelo dominante. La deuda es la rebanada que nos toca en la crisis del fordismo. Es nuestra parcela en este latifundio.

Podríamos entonces pensar en este contexto *como si* se tratara de un capítulo más en el proceso mundial de atrasos que *parece* determinar la relación desarrollados-subdesarrollados. Dentro de esta perspectiva, se puede considerar al fordismo como un modelo de gran vitalidad al ser implantado y difundido en los países centrales, pero cuya vitalidad se hubiera agotado mientras maduraban las contradicciones que le son inmanentes: de eso derivaría que en los países que llegaron después, la vitalidad ya no fue suficiente para alcanzar las mismas realizaciones; la vitalidad se perdió.

Sin embargo, como estamos haciendo referencia a un modelo mundial, es indispensable ubicarlo explícitamente en su dimensión internacional. En ese contexto, cabe resaltar que la capacidad del fordismo para promover y profundizar las estructuras capitalistas de producción se manifestó de manera desigual, *aún en el periodo de su gran difusión*; consideramos, particularmente, el proceso de desindustrialización, proceso que se desarrolla desde los años en que el modelo aún era pujante. Un caso con esas características lo tenemos en Argentina o en Uruguay, cuyas economías han sido sometidas a un proceso de desmantelamiento desde mucho tiempo antes de que se presentara la *crisis del fordismo*. La inclusión de ese otro

movimiento, el de desindustrialización, tendría, por lo tanto, que enriquecer el análisis de la imposibilidad de un *fordismo completo*. Ampliaría así el sentido de lo que afirma Altvater, cuando anota que la industrialización fordista es un proceso factible, pero no generalizable, y de esa manera se procedería a ubicar mejor en el tiempo y en el espacio el análisis de tal *no generalización*.



Fordismo y tendencias del capital

La racionalidad capitalista —esta especie de duende del fordismo— viene imponiéndose en los últimos siglos como *la* racionalidad *tout court*. En esta perspectiva podríamos tal vez considerar al fordismo como un caso extremo, una sublimación. La base del fordismo sería entonces la racionalidad eficiente, común al movimiento anterior de la *formación del capital*.

No obstante, el fordismo hizo más que llevar adelante tal racionalidad (incluyendo en ella, eventualmente, hasta la ecología, lo que no ocurrió): el fordismo se constituye en su propia radicalización, su absolutización. Radicalización versus profundización de la racionalidad capitalista: esta puede ser una de las razones de los límites del fordismo. Al tropezar con tales límites se le acabó el aliento hasta en los países centrales. Algo específico de esa racionalidad llegó al extremo.

De conformidad con lo anterior, resulta oportuno recordar las condiciones enumeradas por Gramsci al preguntarse sobre la finalización de las crisis recurrentes del capital. Según este autor, tales crisis replantean “los mismos problemas de los costos crecientes” y “su ciclo se puede considerar recurrente hasta que: 1) se alcance el límite extremo de resistencia del material [¿será esta una anticipación de los problemas ecológicos?]; 2) se alcance el límite en la introducción de nuevas máquinas; 3) se llegue al límite de saturación de la industrialización mundial, teniendo en cuenta la tasa de aumento de la población (la cual, por otro lado, disminuye con la expansión del industrialismo) y de la producción de bienes de subsistencia y medios de producción”.¹

Lo cierto es que tales límites no se han alcanzado hasta hoy (tal vez con excepción de ciertos aspectos ecológicos, que comentaremos abajo). El progreso —hoy acelerado, en el centro y en la periferia— y la difusión de nuevas tecnologías, aparecen siempre con un carácter cíclico, revelador de las contradicciones internas que generó el modelo fordista.

Un punto de partida para sustentar el desmoronamiento del fordismo (nótese: sin llevarse consigo al capital que lo engendró) debe ser bastante amplio y contemplar:

- Su estructura real.
- Su proceso, sobre todo el típico proceso productivo de bienes de consumo de masas.
- Su lógica, que ha perdido vigencia y se ha vuelto inoperante a partir de la centralidad del planteamiento del pleno empleo, que identifica al fordismo con la capacidad de dar trabajo a todos con remuneración elevada.
- La lógica, correspondiente a la producción fordista, del consumo de masas.

En confrontación con estas características, se esboza en el *posfordismo* —¿y será que éste nunca va a tener su propio bautizo?— una disminución del empleo formal y una elevación correlativa del informal. Ha dejado de vislumbrarse aquella solución del problema distributivo que era tan característica de las realizaciones fordistas, mucho menos se soluciona el problema de la participación de los ciudadanos, problema que está dislocado hacia el nivel de la *sociedad en general*, hacia fuera de la esfera productiva y de sus conexiones inmediatas. Hoy, “el comportamiento

esperado de la estructura económica y ocupacional plantea tendencias en el sentido de la concentración de los ingresos tanto a nivel funcional como personal.”²

Altwater llamó nuestra atención sobre un movimiento, casi una espiral, denominado, de acuerdo con Beaud, “revolución de la tecnología”, que se mantiene en rotación en el modelo que se está esbozando. Caricaturizándolo, podríamos definirlo por sus dos lados: en un extremo, los *grandes* de las nuevas tecnologías —¡acá se incluiría, naturalmente, el sistema financiero!—; en el otro, ...el resto, la mayoría constituida por personas al cuidado de obras filantrópicas... Esta cuestión nos trae a la memoria una vieja teoría brasileña de la división de clases: “Los banqueros y ...los otros”.

¿Cuál es la pertinencia de un debate sobre el fordismo que nos conduce a rediscutir problemas que ya habían sido acuñados con otros nombres (desarrollismo, modelos autónomos) y que han sido resucitados recientemente (del “crecimiento más allá de la deuda” hasta las “zonas de procesamiento de exportaciones”)? Lo que sucede es que este debate nos permite identificar o contrastar tales problemáticas latinoamericanas con el “fordismo” o con alguno de sus aspectos.

Identificarlas con el fordismo es algo que privilegia aquellos aspectos de nuestra realidad que posibilitan su inserción en el modelo fordista, que se originó en otros ambientes: se privilegia así la inserción, la articulación con el primer mundo y su imitación. Contrariamente, al considerar las *diferencias* entre estas problemáticas, tendríamos que privilegiar las especificidades de esos otros modelos. Modelos que son los nuestros.

Ecología y relaciones sociales

Un último aspecto es el debate sobre la ecología. Es de suma importancia recordar que la ecología forma parte de los procesos sociales, en los que se inserta. De ahí deriva la necesidad de integrar la ciencia social en el análisis de los problemas ecológicos, lo que puede contrariar una tendencia hacia un estilo casi únicamente denunciador, que se encuentra en ciertas contribuciones en este campo.

En este sentido, más que introducir la ecología en los problemas de las ciencias sociales, considero urgente introducir las ciencias sociales en el estudio de los problemas ecológicos.

¹ Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, ed. V. Gerratana, Torino, Einaudi, 1975, p. 1313. Subrayados CGG.

² Oscar Tangelson, *Revolución Tecnológica*, mimeo, p. 29

Un primer punto se refiere a un cuestionamiento, todavía no una crítica, sobre el uso del concepto de *entropía*, que parece jugar un papel central cuando se quieren poner en orden las ideas sobre la relación entre procesos sociales y degradación ecológica.

De hecho, entropía se relaciona con el valor de uso. Entretanto, por lo que podemos extrapolar de las ciencias de la naturaleza -principalmente de la física, que es de donde aprendemos esta lección-, entropía es algo rigurosamente conmensurable. Al contrario, el valor de uso *no lo es*, y ello puede ser atestiguado por la propia historia neoclásica, máximo esfuerzo realizado para alcanzar tal cuantificación.

Un segundo aspecto es la cuestión de la *destrucción de la ecología*. Este proceso genera consecuencias para el mismo fordismo ya que éste tiene como una de sus bases



la asociación economía-ecología, es decir, las condiciones ecológicas suficientes para el avance de la producción de masas según la moda del modelo fordista. Una cuestión *distinta* es si esto conduce al modelo fordista a toparse con límites que no logra superar. De hecho, hay que recordar que los procesos sociales determinan el comportamiento del hombre en su relación con la naturaleza, pero ello no significa que estos procesos se identifiquen con las apariencias, como serían los movimientos ecológicos en los países centrales y sus mensajes al “poder de los monopolios”. Estos, así como el aparato estatal, ya aprendieron muy bien la lección y han sabido adoptar nuevos comportamientos frente a ese problema, comportamientos que aportan nuevas ventajas a quien sepa exhibir oportunamente su tarjeta de “salvaguarda de la naturaleza”.

Pero, pasar de tales constataciones a reconocer como cierto que el movimiento fordista se *confronta* con un límite ecológico, es ya otra cuestión. En la dinámica capitalista nada nos asegura que el problema ecológico penetró tan hondo; eso es válido a pesar de que las apariencias apunten comportamientos más “ecológicos” en las grandes obras.

La referencia a este aspecto no se restringe a los casos, nada raros en los años recientes, de violaciones graves al equilibrio ecológico (de Bophal al Rhin, de Seveso a Alaska): el movimiento del capital está aún dominado por el dinamismo del valor, y está hoy más desvinculado que en otros tiempos de su correspondiente valor de uso.

Por esta razón, la relación entre desarrollo y valorización aún no destruye, ni siquiera en los países centrales, aquella dinámica por la cual los daños ecológicos son reparados solamente *después*, o sea cuando el mercado ya transmitió sus señales. Esta actitud de “dejar la respuesta para después”, acaba de hecho por dejarla hasta el momento en que el proceso de degradación ecológica ya se volvió irreversible, o, en que su reversibilidad sólo puede ser alcanzada a través de operaciones sumamente gravosas, en las cuales, naturalmente, el aparato estatal se articulará con la valorización de determinados capitales (en ocasiones los mismos que generaron esos u otros procesos de degradación ecológica). A esto lo llamarán *expropiación...*

En palabras tal vez más simples, podemos decir que los mecanismos de mercado son aún los dominantes. Y poseen hoy día un *marketing* muy bien organizado. Pero la respuesta a los problemas ecológicos a través de tales mecanismos sólo llega en el largo plazo, cuando, conforme nos enseña Keynes, “estaremos todos muertos”; incluso la naturaleza.